

# La Hoja, revista para no pasar la página

Ana María Cano Posada

¿Cómo pudo nacer *La Hoja*, contra todo pronóstico, en la Medellín de 1992, ciudad descuadrada por un terror paralizante? ¿Cómo logró esta revista abrir un espacio de interrelaciones ciudadanas mientras estaba azotada por amenazas y con el estigma nacional e internacional de albergar el cartel de la droga y la gran leyenda del maligno Escobar alimentada entre todos?

Medellín, extensa, poblada, contradictoria y exacerbada por movimientos y violencias sociales, fue (y es) un caldo de cultivo para germinar construcciones desafiantes y destrucciones aterrorizantes. Sus ciudadanos oscilamos, en la auto-representación de medios de comunicación, entre dos polos: del mutismo del “aquí no pasa nada” al amarillismo nacional de la “tacita de plata” ennegrecida por el crimen. La opinión pública no tuvo entonces medios cercanos y agudos para comprender la ciudad y para entablar una relación urbana del espacio público con los conciudadanos.

Este vacío lo sentimos quienes no nos fuimos de Medellín y, convencidos de quedarnos, no supimos bien por qué.

A este marco de conflicto se suma la despolitización de los años 70 cuando, a un movimiento estudiantil encarnizado, siguieron generaciones de periodistas de escaso sentido crítico que agudizaran la mentalidad del público ciudadano a través de medios de comunicación activos. En los años 70 y 80 del siglo xx, de gran vacío ideológico y ético, irrumpieron en Medellín las vías de hecho y de enriquecimiento rápido, sin que se dieran medios de comunicación nuevos para dar cuenta.

En 1979, el diario *El Mundo* dio un empujón con una veintena de empresarios nuevos que invirtieron en él, pero luego se dividieron por apetitos políticos, y se restó fuerza conceptual al nuevo periodismo que ese medio impreso emprendió al renovar la idea de ciudad.

La soledad informativa la resintió el ciudadano cuando el espacio de lo público fue desafiado por encarnizados intereses ilegales. Se produjo un silencio social, casi un secuestro colectivo por la onda expansiva del miedo y de la explosión del dinero, acobardando la imaginación, la identidad y el civismo, el amor correspondido del ciudadano con su ciudad. Los sociólogos llaman anomia este estado de seres ausentes de valor, presos de muerte y codicia.

Los valiosos personajes cívicos de los 80 soporaron los embates de mantener la vida social y económica, pero fueron forzados a bajar al máximo su perfil, porque el temor copaba el espacio social. ¿Cómo no iba a dominar esta fuerza desahuciadora, ante tal ausencia de prototipos y de figuras estimulantes para la participación pública? El vacío se llenó con caras, amenazas y leyendas de malignos que coparon páginas de periódicos y revistas nacionales dedicadas a la Medellín narco/terro/sensacionalista.

En esos años 90, la imagen de la hipérbole del mito de la raza antioqueña y del narcotráfico del cartel de Medellín acallaron indignaciones, dudas, deseos y temores por no tener con quién debatirlos. Pocos columnistas decían lo que ocurría: Héctor Abad Gómez y Alberto Aguirre en *El Mundo*, pero el asesinato y el exilio acabaron con sus palabras. La ciudad, saturada de consumo y de miseria y vacía de



relaciones ciudadanas, fue la cara descuadrada de la Medellín post-industrial tomada por la ilegalidad.

Apenas si reaccionábamos ante la encrucijada ética de nuestro oficio en jaque: servir de parlantes a intereses ilícitos, o ceder a la autocensura y la manipulación, u optar, como lo hicimos con *La Hoja*, por un nuevo estilo del periodismo activo en la reconstrucción social. Procesos sociales estatales, privados, pequeños y ambiciosos, se desencadenaron en la ciudad. Con debates internos y foros públicos, los periodistas gestamos una revista mensual, independiente y ciudadana, que acompañó a Medellín, en parte, en su delicada reconstrucción. No se trató de un protagonismo político, sino de buscar en la ciudad una veta de información e interpretación de los hechos que nos ayudara a vivir mejor.

Elaboramos un menú con ingredientes periodísticos, protagonistas y acompañamientos para esa novedosa alimentación informativa que devolvió el apetito a los comensales, hambrientos de motivos para compartir su vida y su ciudad.

Una información alternativa, regional y universal, con sabor distinto, sin la amarga generalización o el falso sabor nostálgico de Medellín.

Se la jugó *La Hoja* por un periodismo reposado/mensual con aprecio por aquellas personas y hechos que no cabían en la actualidad repleta de orden público y violencia. Encontramos personajes anónimos hechos de saberes, en detrimento de declaraciones oficiales de funcionarios, más retóricas que reales. Así volvimos un editorial continuo “el futuro lo construyen las personas”, con ejemplos de personajes desconocidos que transformaban su alrededor.

Nos la jugamos por un periodismo reconstructivo (recuperar lo disuelto por la agenda informativa sangrienta), amalgama de pasado y futuro, que nos devolviera un sentido de pertenencia y de transformación, hecho para lectores que recobraran una dosis de ilusión, de reconocimiento mutuo de esperanza, sin las cuales es difícil vivir una ciudad.

Nos propusimos reencontrar para nosotros mismos el oficio de periodista, el carácter res-

petable de lo escrito, en aparente retirada ante el protagonismo televisivo, un periodismo comprometido con la historia, en blanco y en negro, como la misma de la realidad, reservando el color para lo publicitario.

*La Hoja* escogió protagonistas para dar razón de ser a cada artículo, no fuentes que gobiernan y dan declaraciones abstractas o números vacíos. Revivió géneros discontinuados: la crónica urbana, la reconstrucción histórica, el reportaje, el perfil, el comentario y la observación breve, o el apunte repentino con ironía, como un grafiti. El argumento, la trama y la descripción sin ínfulas literarias fueron en *La Hoja* un apoyo para el texto periodístico elaborado con sentido humano constructivo, pensado para un lector en concreto.

Mantuvimos la deliberación para preservar el espíritu crítico, la necesaria curiosidad, la duda y la compasión, para hacer una imagen proporcionada del modo de ser local: ciudadanos de Medellín sin parroquialismos, sin populismos, sin nostalgias de épocas idas ni la sobredimensión paisa. Revivimos en serie personajes populares que encarnaron la libertad de pensamiento y la picaresca: Cosiaca, Marañas, Guineo.

Acompañamos procesos y hábitos ciudadanos, desde descontaminar el río Medellín, hasta ver gobernantes locales con sus flaquezas, con los ojos más honrados posibles. El lector pudo redescubrir en su vida diaria hechos para reconocerse. Hicimos un periodismo con el sabor de lo escrito y de lo gráfico, diferenciando un menú de otro y la materia prima informativa recogió lo desechado por otros medios como maleza.

Cuando salió la primera revista *La Hoja*, en julio de 1992, se fugó Pablo Escobar de la cárcel de La Catedral y en el editorial dijimos que no estaban dadas las condiciones para informar de manera libre y responsable sobre el tema

en el que las fuentes se aprovechaban de la información. Por primera vez, el periodista entregaba al lector la autocensura y evidencia de su peso.

La revista fue factible al asumir la desafiante tarea de inventarse la empresa periodística sin capital que condicionara la independencia, que pudiera dar asiento y materializar esta publicación con costos mínimos, de calidad en sus periodistas y colaboradores, que apostara todo por el apoyo del lector, incluso antes de contar con el esquivo soporte que debía llegar por la credibilidad. Así creció el mercadeo de la revista, a partir de medios directos (tertulias, fiestas, libros y *La Hoja* misma) con una sostenida red de lectores y público.

Cultivamos un periodismo local/ciudadano/regional -sin pretensión de ser nacional- como cantera de temas imperecederos sugestivos: antropología cultural que enriqueciera los matices para quien vivía aquí y para lectores en otras ciudades, ávidos de experiencias ciudadanas reconocibles.

Nos planteamos preguntas sobre quiénes eran los protagonistas presentes y los que desde ya eran futuro, sin acatar la farándula creada por otros medios; analizamos las fuerzas que se movían detrás de los poderes; encarnamos valores de verdad, tolerancia, credibilidad, ciudadanía, en hechos y personas cotidianas constatables, y no como abstracciones; descubrimos lugares y personas sepultados por el frenesí de la agenda periodística.

Hicimos la revista (aún en su formato de periódico siguió siéndolo) con el mismo placer que pudiera suscitar el leerla: cada ejemplar se rotaba por un promedio de 6 lectores, una cifra que duplicaba la de otras revistas.

El periodismo alternativo es tachado de descartable y marginal, pero este periodismo ciudadano, independiente, de reconstrucción, re-





sultó alternativo por opcional: por él optamos quienes lo hicimos y quienes lo buscaron. Fue, a la vez, un compromiso periodístico y un oficio que ayudara a la vida, a la condición de ciudadanía, al desarrollo de lo público.

Con esa visión hicimos una revista mensual que buscó otra ciudad para probar, además de en Medellín, esta fórmula universal del periodismo local en *La Hoja de Bogotá* en el año 2002.

Publicamos libros periodísticos: *Medellín secreto*, con cinco reportajes; *15 años de mal agujero*, una antología de columnas de Antonio Caballero; *Oficio Periodista*, recopilación de crónicas y reportajes de Héctor Rincón y *Ciudad vivida*, una antología de 15 años de *La Hoja* de Medellín editado por el Fondo Editorial EAFIT.

Para dar cuenta, en reportajes largos, de temas ambiciosos, el libro *Medellín secreto* fue una mirada, con alto contenido existencial e ideológico, sobre lo significativo de temas vedados en conversaciones cotidianas: suicidio, clausura, sexo, locura y masonería.

Así fue la pequeña gran historia de *La Hoja* nacida en Medellín el 27 de julio de 1992, que creó en el 2002 también *La Hoja de Bogotá* como edición simultánea distinta cada mes. Acabaron ambas su circulación en abril de 2008, en una última edición que se despidió de sus lectores aún en plena vitalidad, antes de languidecer ante la imposibilidad de sostenerse en una versión impresa que resultó insostenible.

La experiencia de *La Hoja* es mencionada por antiguos lectores y hasta por nuevas generaciones que, de oídas, han sabido del efecto que tuvo esta revista en una ciudad desmoralizada y acorralada que se reconstruyó a sí misma a través de medios y herramientas ciudadanas que buscaron conectarse con esa esencia del periodismo que es la vida cotidiana bien contada.

**Ana María Cano Posada.** Cofundadora con Héctor Rincón y directora de *La Hoja de Medellín* y de *La Hoja de Bogotá*.